

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 490

8 CTS



El moderno
Casanova

POR
Andrée
Lafayette

FilmoTeca
de Catalunya

EB



LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 490

El moderno Casanova

Bellísima comedia cinematográfica, inspirada en
la obra de Herbert y Klaren, interpretada por
Andrée Lafayette y Harry Hardt



Exclusiva de

E. González - Emelka - Madrid

Para Aragón, Cataluña y Baleares

Viuda de E. Fius

Rambla Cataluña, 44

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ANNY ONDRA

El moderno Casanova

Argumento de la película

El moderno Casanova no busca escenario para sus aventuras en las callejuelas solitarias que la luna del romanticismo iluminaba. Hoy se ha refugiado en el recinto absurdo y pestilente del cabaret.

Pablo Hesse, que quería imitar las hazañas del galante aventurero italiano, era violinista de un sórdido cabaret de Hamburgo.

Su espíritu se rebelaba contra la vida de escasez que se veía obligado a llevar y anhelaba labrarse una maravillosa posición, aun sin reparar en los medios.

Entre los clientes que allí se hallaban aquella noche estaba el conde de Bringen, de origen italiano, al que sus vicios, sus deudas y aventuras lindantes con el código habían puesto en la necesidad de emigrar a América.

Acompañado de unas muchachas, bebió casi hasta embriagarse... Pablo, que iba tocando su violín de una parte a otra del salón, ante todas las mesas, se acercó a la del conde y obsequió a éste con una melancólica melodía.

La música fué del agrado del aristócrata, quien invitó a Pablo a tomar una copa de champaña.

—¡Brindemos por mi suerte futura! — dijo, riendo—. Mañana parto para América. El conde de Bringen desaparece esta noche. ¡Desde mañana no seré más que un cualquiera!

Y luego mirando a Pablo que le sonreía con adulación, le dijo:

—¿Quiere jugar a los naipes conmigo?

—Con mucho gusto...

—Pues ¡ea! una baraja... La última noche que paso en Europa quiero seguir siendo el conde de Bringen.

—Pero, señor conde, yo no tengo apenas dinero para exponer—insinuó el violinista.

—No importa. Me da lo mismo ganar que perder. La cuestión es pasar el rato.

Jugaron. La fortuna favoreció al músico quien se vió dueño de algunos centenares de marcos, todo lo que le quedaba al pobre conde de Bringen.

Estuvieron allí hasta el amanecer. Luego a las primeras luces del alba, medio borrachos, los dos hombres, después de despedir a las mujeres que con ellos estaban, se dirigieron hacia el puerto.

Lo menos que Pablo podía hacer después de haber desvalijado al conde, era acompañarle a bordo.

Ya sobre cubierta, el conde, que parecía sentir por el violinista profunda simpatía, a pesar de haberle ganado éste los últimos restos de su fortuna, le dijo:

—Quisiera borrar por completo la huella de

lo que he sido. Mi título ha de ser un obstáculo para la vida que hoy empiezo.

Una atrevida idea germinó en el cerebro de Pablo y la expuso inmediatamente:

—Agradecido por su protección no tengo inconveniente en cambiar mi documentación con la suya. Mi nombre, aunque modesto, ninguna mancha tiene.

—¡Bien, acepto!... Muchas gracias, amigo... Tome, tome mis documentos y deme usted los suyos.

Cambiáronse los papeles, y Bringer entregó al violinista una preciosa sortija en la que figuraba la corona condal.

Se despidieron afectuosamente, contentos del cambio efectuado. Pablo Hasse abandonó el barco... En lo sucesivo iba a ser el conde de Bringen y eso podría proporcionarle ocasión de encumbramiento y acaso de cazar a alguna rica heredera.

Partió el trasatlántico y el verdadero conde de Bringen sintió que las lágrimas le humedecían el rostro al ver cómo se iba alejando el buque de la ciudad...

El conde ya no existía... Ahora no era él más que un simple músico, Pablo Hesse, bajo cuyo nombre iba en lo sucesivo a vivir.

* * *

Cuando el verdadero Pablo Hesse, de regreso del muelle, se dirigió a su pensión, se encontró con la desagradable sorpresa de que la patrona le había puesto las maletas en la escalera.

—¡Tanto zapato de charol y tanto frac y hace

tres meses que no paga la pensión!... ¡Váyase!... ¡Aquí no vuelve a entrar!—le dijo ella.

Y Pablo tuvo que consultar los anuncios de las casas de huéspedes para encontrar una nueva víctima.

Dirigióse hacia una sencilla casita situada en un punto céntrico de la ciudad y alquiló una habitación...

La dueña del piso que había puesto un anuncio en el diario era la viuda Marschner, bella mujer de unos treinta y tantos años, que aspiraba a ayudar su modesta posición alquilando una de las habitaciones.

Le agradó la presencia del joven y no tuvo inconveniente en alquilarle el cuarto.

—¿A nombre de quién se toma la habitación?—le dijo.

—A nombre del violinista Pablo Hesse—respondió el músico no queriendo en aquella modesta casa usar de su título condal.

Juanito, muchacho de unos diez años, hijo de la viuda, saludó a Pablo con cierta hostilidad. Le resultó con ingenuidad infantil poco simpático aquel hombre. Tampoco Pablo mostró gran aprecio a ese chiquillo al que a pesar de todo le dió unas monedas, diciendo:

—Paga el taxi que me ha traído hasta aquí y guárdate lo demás para bombones.

El niño se marchó haciendo una ligera mueca, y Pablo encerróse en su cuarto para preparar su plan de batalla.

Como es natural, el aprovechado violinista se proponía sacar partido de la documentación del conde de Bringen. Y comenzó por concu-

rrir a lugares donde podía tener felices encuentros.

Una noche, después de haber tocado en el cabaret, se dirigió al Hotel Atlantic, donde se celebraba una fiesta,

Le llamó la atención una elegante dama que estaba sentada ante una de las mesas.

La dama sacó un cigarro de una pitillera en cuya tapa aparecía grabada una corona.

Pablo sonrió. La mujer era guapa y al parecer pertenecía a la clase aristocrática. Miel sobre hojuelas.

También ella se fijó en Pablo y vió en uno de sus dedos el anillo símbolo de alquimia. Una imperceptible sonrisa agitó sus labios pintados.

Pablo, antes de dar un paso en falso, se enteró de quién era la dama.

—Es la condesa de Baliéff y vive en este mismo hotel—le informó un empleado.

—¡Muchas gracias!

Ya tenía la víctima. Su título de conde le serviría para atrapar a una verdadera condesa. Era preciso trasladarse al hotel y entablar relaciones con la distinguida dama.

Sin embargo, para desempeñar dignamente el papel de conde y aspirar a conquistar a la condesa, se imponía una pequeña restauración de la indumentaria.

Y empleó todo el dinero ganado en el juego en comprar un frac, un abrigo, un sombrero de copa y media docena de cuellos y camisas marcadas con la corona condal.

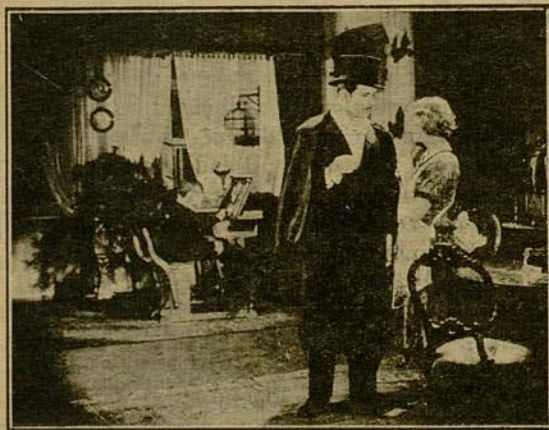
Adquirió también dos baúles que llenó de grandes piedras. Era necesario demostrar que

llevaba un cuantioso equipaje de gran señor.

Y una mañana dijo a su patrona:

—Tengo que ausentarme por unos cuantos días.

—¿Se va usted de la ciudad?



—Tengo que ausentarme por unos cuantos días.

—Probablemente... pero nunca estaré tan bien como al lado de usted.

La viuda sonrió agradecida... ¡Qué interesante y simpático era su huésped! Y en su corazón floreció tímida aún, la ilusión de un amor nuevo.

Pablo, que se había propuesto sitiar en toda regla a la condesa de Dalieff, se dirigió al hotel Atlantic.

—Supongo me habrán reservado la habitación

pedida—dijo—. Que pongan en ella mi equipaje.

Unos mozos cargaron con el pesado equipaje.

—Este señorito debe tener un vestuario de plomo—dijo uno de los mozos.

Aquella noche, después de la cena, Pablo invitó a bailar a la condesa de Balieff.

Esta aceptó de buen grado y le indicó sonriente que ya le había visto la noche anterior.

—Me fijé en su anillo... Siempre es agradable encontrarse con gente de nuestra clase—dijo.

Pablo, con toda tranquilidad inventó historias de la casa de Bringen, asegurando que era el único descendiente de aquella rama insigne.

Iban danzando los dos y se miraban con mutua y extraña ilusión. Pablo estaba contentísimo. No había duda que conquistaba a la condesita.

De pronto ésta dió un grito y cogiendo a Pablo de la mano y dando muestras de terror, echó a correr con el joven.

Un hombre algo anciano iba detrás de ella, haciéndole gestos con la mano.

La condesa y Pablo entraron en el ascensor y subieron hasta el primer piso, donde tenían sus habitaciones.

—Pero, ¿qué ocurre, señora? —dijo Pablo profundamente sorprendido.

—Aquel hombre era mi marido... Temo que suba a mi cuarto... ¡Qué disgusto si me ve aquí! Le había dicho que estaba fuera de la ciudad y...

—No se alarme. Tal vez crea que no es usted la condesa.

—Es mejor que me esconda en su habitación

de usted. Se lo agradeceré mucho. Así estaré libre de peligro.

Pablo accedió amablemente y ya en la habitación de él, la condesita le suplicó aterrorizada:

—He de suplicarle el favor de marcharse. No está bien que permanezcamos los dos aquí encerrados. Baje al salón y cuando se marche mi marido, haga el obsequio de volver a buscarme.

Salió Pablo, preocupado por aquella aventura. ¡Maldita suerte! Si llega a saber que la condesa era casada, ya no empieza su campaña. ¿Para qué?...

Volvió al salón y vió, hablando con una señora, al caballero que antes había seguido a la condesa y que ésta aseguraba era su marido. Acercóse con disimulo y oyó que aquél explicaba sonriente:

—¡Qué cosa más rara! No sé lo que le ha dado a aquella señora... Cuando me dirigí a ella, salió corriendo y no pude, como deseaba, preguntarle el nombre de su modisto.

—Pablo, asombrado ante aquellas palabras que acababa de oír, volvió a la habitación. ¿Por qué le había engañado la condesa? ¿Qué significaba aquella farsa?

La condesa Balieff, al quedar sola, había realizado maniobras extrañas, tales como la de abrir los baúles de Pablo... Su sorpresa fué indescriptible al ver que estaban cargados de pesados ladrillos...

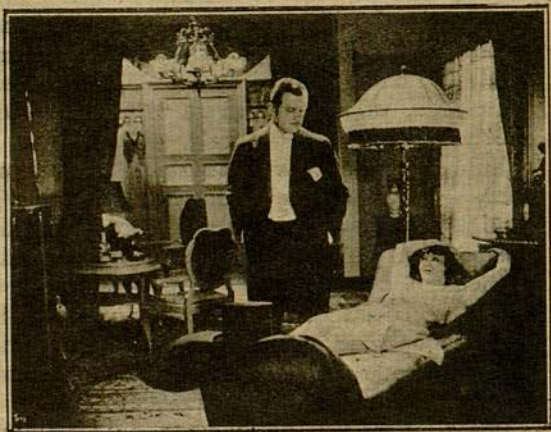
—¡El pillo!—se dijo—. ¡Y no tiene pocas pretensiones!

Oyó nuevos pasos y cerrando precipitadamente el equipaje, corrió a tenderse sobre un diván.

Apareció Pablo, quien, con gesto contrariado, le dijo:

—¡Me ha engañado usted! Aquel hombre no era su marido.

Ella, sonriendo fríamente, contestó sin inmutarse:



—*Aquel hombre no era su marido.*

—Usted también ha engañado al mozo de equipajes... Le ha hecho traer a la habitación parte de los muros de su casa solariega, señor conde...

—¡Eh! ¿Cómo sabe...?

Vió los baúles abiertos y lanzó una plebeya maldición.

—¿Conque registrando mis cosas? ¡Bien! Supongo que usted no es condesa.

—Así es... Pero yo tengo la seguridad de que usted tampoco es conde.

—¡No he de ocultárselo! ¡No lo soy!—acabó Pablo por confesar—. Pero a los dos nos ha fallado el golpe, ¿verdad? Usted buscaba mi dinero... y yo el suyo. Los dos somos muy listos para dejarnos engañar.

La supuesta condesa de Balieff, que no era más que una aventurera, se despidió de Pablo sin rencor, y éste lamentando su mala estrella, pensó hacer todo lo posible para relacionarse con una aristócrata de veras.

Y a la mañana siguiente salió a tomar el sol por la ciudad, deseando que el nuevo día le trajese nuevas ideas optimistas.

* * *

Días después, la viuda Marschner recibió una inesperada y agradable visita: la de la condesa Magda de Buchorst, mujer hermosa y encantadora, quien trajo un regalo para Juanito.

—He venido a Hamburgo con el propósito de intentar la venta de mi posesión "El Paraíso"—le dijo, luego de descansar un rato.

—¿Pero está decidida la señora condesa a vender esa finca tan hermosa?

—Después de haber quedado viuda, no me conviene retener esa posesión. Es demasiado extensa para ser administrada por una mujer. Además, me propongo permanecer una larga temporada en el extranjero.

—Confieso que le tenía gran cariño a "El Paraíso"—dijo la viuda Marschner—. Pasé allí

muy agradables temporadas cuando mi pobre marido era guardabosque de la señora condesa.

—Antes de alejarme de este país, he pensado en usted, María. Le debía una recompensa por los buenos servicios que me prestó en vida de mi esposo y he venido a traérsela.

Y le entregó diez mil marcos que la pobre María no quería aceptar, pero que ante la insistencia de la condesa se vió obligada a tomarlos.

Salió la condesa al cabo de poco rato con la alegría de haber dado un poco de felicidad a una familia que era digna de obtenerla.

Subió a un taxi: Al doblar una esquina el coche chocó con otro vehículo, resultando los dos con serias averías. A consecuencia del golpe, la condesa quedó ligeramente contusionada.

Pasaba precisamente por aquel lugar el músico Pablo Hasse, quien, al ver el elegante aspecto de la dama, la cogió en brazos y la hizo subir en otro automóvil, diciendo a unos guardias:

—Yo me encargo de ella. No hay necesidad de que ustedes se molesten.

La condesa agradeció con una sonrisa la intervención de aquel protector y reclinóse levemente sobre uno de sus hombros.

Pablo dió al auto las señas del Hotel Atlantic... Entró en el "hall" sosteniendo entre sus brazos a la hermosa mujer y alarmando con su presencia a toda las personas que allí había.

—¡Una habitación para esta señora, en seguida!...

Pero la dama abrió los ojos y dijo mirando bondadosamente a Pablo:

—No hay necesidad: Ya me encuentro bien. Fué sólo el susto... Si me quisieran dar un poco de beber...

Tomó una copa de coñac y esto pareció poner definitivamente bien a la condesa.

—¡Gracias por todo, caballero!—dijo a Pablo—. Soy la condesa de Buchorst y siempre le estaré agradecida.

Contento Pablo de haber topado nuevamente con una condesa, cuya autenticidad ahora no ponía en duda, se presentó a ella como el conde de Bringen.

—¿Quiere usted que la acompañe a su casa?—le preguntó.

—Gracias... Vivo fuera de la ciudad... De todos modos, como me encuentro un poco fatigada, permaneceré en el hotel hasta mañana.

Ocupó la condesa una habitación, negándose a recibir a nadie: Quería descansar.

Pablo, más contento que nunca, volvió a casa de la ciuda Marschner, para recoger unos documentos que había olvidado.

Profundamente sorprendido encontró a su patrona contemplando numerosos billetes de Banco, desparramados sobre la mesa.

La viuda, después de saludarle afectuosamente, le explicó la procedencia del dinero.

—La condesa de Buchorst, en cuyas posesiones estuvo mi marido de guardabosque, ha venido a visitarme y me ha regalado todo este dinero. ¡Diez mil marcos!

El nombre de la condesa hizo sonreír a Pablo. ¡Magnífica casualidad! Y se enteró, disimulando su interés, con cierta indiferencia, de da-

tos referentes a la aristócrata, y así supo que trataba de vender su finca "El Paraíso".

—Es muy guapa, ¿verdad, señor Hesse?—dijo la viuda mostrándole un retrato de ella.

Pablo, que deseaba tener contenta a la viuda, pues aquellos diez mil marcos le interesaban extraordinariamente, le contestó:

—No es gran cosa. No tiene comparación con usted.

La señora Marschner experimentó una nueva inclinación hacia su galante huésped.

Pablo, después de comer, dirigióse al cabaret anunciando que abandonaba definitivamente su empleo. Quería lanzarse de una vez para siempre y por entero a la conquista de la fortuna. Carecía casi de dinero, pero pensaba en los diez mil marcos de la patrona como una posible solución.

De allí se dirigió al hotel Atlantic, pero encontróse con la desagradable sorpresa de que la condesa de Buchost se había ya marchado, dejando una tarjeta para él en que se excusaba de no poder demorar su marcha y le agradecía sus atenciones.

Lamentó su mala suerte... Y a falta de la condesa, Pablo tuvo que contentarse con otra viuda: la de Marschner.

Volvió por la noche a la pensión y comenzó a galantear a la pobre y confiada mujer. Tuvo que interrumpir sus frases varias veces ante la inoportuna presencia de Juanito, que miraba con muy malos ojos al huésped.

Cuando Juanito se hubo marchado, la señora Marschner indicó, después de lamentarse de lo

penosa que es la situación de una mujer sola:

—A mí me falta quien se preocupe de mis asuntos. Con el dinero de la condesa quisiera emprender un negocio y no tengo quien me aconseje.

Pablo sonrió...

—Si usted que es tan bueno quisiera ocuparse de buscarme algo seguro, se lo agradecería con toda el alma—apoyó ella.

—¡Muchas gracias por esa prueba de amistad!—repuso Pablo—. Me preocuparé de sus asuntos como si fuesen los míos.

Y algunos días después Pablo Hesse, que deseaba quedarse con el dinero de la ingenua viuda, dió cuenta a ésta de las gestiones que estaba practicando. Nada había de verdad en ellas, pero la pobre mujer le creía ciegamente.

Pablo le dió a leer un telegrama que él mismo había remitido desde una ciudad cercana, y que decía así:

Puede alquilar Hotel Picadilly, acreditado y en excelentes condiciones de explotación. Precio 20.000 marcos, pagando anticipados 10.000.

Bucher.

—Es un buen negocio, y si usted quisiera...

—Usted me lo propone y esto me basta para tener fe en él. Tengo plena confianza en usted. Usted se encargará de todo, será mi administrador. Alquilo el hotel.

—¡Oh, señora... usted me confunde!... Sus intereses serán para mí sagrados. Vamos ahora mismo a redactar la contestación.

Y en un papel escribió:

Picadilly Hotel.
Conforme en todo.

Hesse.

La pobre viuda le dió los diez mil marcos para que fuera a pagar con ellos el primer plazo del hotel. Tan confiada estaba, que rechazó el recibo que quiso hacerle Pablo.

Pablo Hesse, después de mostrarse más tierno que nunca con la patrona, entró en su cuarto, para meditar sus futuros proyectos, que eran bien distintos de lo que pensaba la viuda.

¡Ya tenía los diez mil marcos! Ahora con aquel capitalito que le permitiría defenderse una temporada, saldría de la ciudad e intentaría poner cerco al corazón de la condesa Buchorst.

Y sin importarle poco ni mucho el infame engaño de que había hecho víctima a la desdichada viuda, salió a media noche cautelosamente de la casa, sin que nadie le oyera.

Dirigióse a la oficina telegráfica y puso este despacho:

Condesa Buchorst. Posesión "El Paraíso".

Bremen.

Llegaré mañana cuatro tarde con objeto de ver posesión.

Conde de Bringen.

Aquello le serviría de magnífico pretexto para acercarse a la bella y conquistar su corazón... y sus millones. ¿Qué más le daba que para llegar hasta ella hubiera tenido que robar, destrozar el corazón de otra mujer y robarle el dinero que ella necesitaba para su hijo?

A primera hora de la mañana, cuando la viuda Marschner, confiada y alegre, entró en el

cuarto de su huésped para llevarle el desayuno, vió con el natural espanto que nadie había en la habitación, que los armarios estaban abiertos y vacíos y la mesa limpia de todos los objetos que antes tenía allí el músico.

Asustada, miró a todos lados buscando una absurda explicación a todo aquello. Vió un papel arrugado en el suelo. Lo cogió y desdoblólo. Era el borrador del telegrama que el día anterior habían redactado para el Picadilly Hotel.

La pobre mujer comprendió toda la dramática verdad... ¡Robada! ¡Engañada! Aquel hombre era un vil ladrón... un infame... Y lloró desesperadamente, cruelmente y cuando llegó su hijo le abrazó con delirio, contándole la hazaña del rufián que Juanito escuchó tristemente, con una seriedad y una melancolía casi superior a sus pocos años. ¡Ah! Juanito no se había engañado al presentir que Pablo era un mal hombre.

* * *

Frank de Berry, pariente del difunto conde de Buchorst, pasaba una temporada en la finca "El Paraíso", por no serle desagradable la viudita.

Aquella tarde la condesa y él recibieron la visita de Pablo, que se presentó como conde de Bringen.

La dama mostró una profunda alegría al volver a ver a su protector, pero en cambio Frank experimentó repentina hostilidad y desconfianza hacia aquel joven cuyas maneras no eran naturales.

—Este señor fué el que me auxilió en Hamburgo cuando el accidente del automóvil—explicó Magda a Frank.

—¡Oh, no vale la pena! Fué un simple deber de humanidad—atajó Pablo, con aire de importancia—. Y hablando de otra cosa, supongo que habrá recibido usted mi telegrama, señora.

—Sí.

—Un íntimo amigo me habló de esta posesión asegurándome que se hallaba en venta... Y como yo tengo deseos de adquirir una finca, he ahí el objeto de mi llegada.

—¡Ojalá lleguemos a un acuerdo!—contestó la condesa—. Y supongo que entretanto usted se quedará como huésped entre nosotros.

—Yo no debo aceptar tanto honor, señora—, dijo complacidísimo.

—Que no se hable más del asunto. Estará usted aquí tantos días como le sean necesarios para estudiar la propiedad.

Pablo se sentía optimista. Las cosas iban maravillosamente bien. Ya se encargaría él de conquistar a la condesa. Accedió, pues, a quedarse y aun tuvo unas temblorosas frases de gratitud.

El mayordomo le acompañó a las habitaciones que debía ocupar en el primer piso.

Quedaron solos la condesita y Frank y éste, que había permanecido silencioso ante el conde Bringen, dijo ahora:

—Magda, el comprador no me parece nada distinguido... Viste de modo ordinario, usa un perfume que apesta. Habla mal y demasiado.

—¡Bah! ¡Aprensiones tuyas! ¡Es todo un caballero!

Y marchó disgustada como si lamentase que el joven dudase de la hidalguía del huésped.

Pasaron varios días sin que Pablo resolviese nada en concreto acerca de la adquisición de la finca... Pero sus maneras, su supuesta bondad, sus madrigales de poeta, le conquistaron en poco tiempo la confianza de la condesa.

Creía Pablo que el mejor camino para llegar a las señoras era el de las doncellas, y así procuró al propio tiempo conquistar el corazón de una de las doncellas de la casa, una ingenua muchacha que creyó en él con toda la inocencia de su juventud.

La criada cuidaba de él, arreglando su ropa, limpiando sus zapatos, atendiéndole en todo. Y él pagaba aquellos desvelos con besos prodigados y cálidas caricias.

Cierto día, Frank sorprendió a la doncella Mary, que salía a deshora del cuarto del huésped, y las sospechas que ya tenía se convirtieron en realidades. El "respetable" conde de Bringen tenía relaciones amorosas con una criada de la casa.

¡Admirable! Si lo supiera la condesa, necia e ingenua, que parecía escuchar con verdadera complacencia las frases vulgares y artificiosas del conde! Pero nada diría no queriendo descubrir a la criada.

Un día se organizó una cacería a la que asistieron numerosos invitados.

El duque de Beroldingen preguntó a Pablo, a quien la condesa le presentara:

—¿Es usted pariente de aquel Bringen que tantos escándalos dió en Hamburgo hace tiempo?

El aventurero, sin perder la serenidad, contestó:

—Desgraciadamente era primo mío. Rompí todas las relaciones con él. Hace poco embarqué para América.

La cacería duró todo el día y fué abundante.



La criada cuidaba de él...

Pero al atardecer, la condesa y Pablo, habiéndose separado del resto de sus invitados, fueron sorprendidos en medio del bosque por una gran tempestad. Tuvieron que resguardarse en un pabellón y allí pasaron más de una hora hasta que aclaró la tormenta.

Pablo aprovechó aquella ocasión para besar a la condesa con intensa pasión, declarándole el amor que sentía por ella... Y la condesa, sub-

yugada por el don atractivo de aquel hombre, le dió cumplidas esperanzas...

Volvieron a la finca... En los ojos de los dos había el dulce secreto del amor. Frank de Barry dióse cuenta de que Magda parecía ya sólo vivir por su primer invitado.

* * *

Pablo respiraba optimismo y juventud. Ya era suyo el corazón de la condesa. Ahora era preciso acabar de arreglar las cosas para que nadie pudiese sospechar el engaño.

Al día siguiente, dijo a la condesa:

—Necesito marcharme.

—Pero, ¿por qué?—preguntó inquieta.

El, con fingida tristeza, le enseñó un telegrama que acababa de recibir.

Conde de Bringen.

Bremen.

De momento sólo podemos concederle un crédito de veinte mil marcos.

Gerente del Banco Hipotecario.

—Puesto que el Banco no me adelanta la cantidad necesaria para la compra de la finca, no está bien que permanezca más tiempo aquí.

Los ojos de ella le envolvieron en una mirada de amor.

—¡No se marche!—le dijo con voz emocionada—. Esta posesión puede ser suya sin necesidad de que la compre.

—¿De veras me quiere usted?

—Creo que es usted digno de mi cariño.

Iban a besarse cuando apareció la figura se-

vera de Frank de Barry, quien, mirando con desdén a Pablo, le dijo:

—¿Cuándo da por terminado el asunto de la finca?

A punto estuvo Magda de declarar el amor



—¿Cuándo da por terminado el asunto de la finca?

que sentía hacia Pablo, pero quiso mantener aún secreta la dulce afección.

—El señor Bringen ha recibido un telegrama que le inclina a permanecer aquí otra semana— explicó ella.

Pablo se despidió sonriente de la condesa y marchó a su cuarto.

Frank, que amaba a la condesa viuda, pero a

quien nunca se había atrevido a manifestar su amor, le dijo:

—Siento decirte, Magda, que ese hombre me inspira cada día menos confianza.

—Pues a mí me ocurre todo lo contrario.

—Somételo a una prueba y te convencerás de que no son infundados mis temores.

Magda, con el deseo de borrar toda sombra acerca del conde, accedió a practicar la prueba que Frank deseaba. Y al día siguiente llamó a Pablo y entregándole un cheque, le dijo, en presencia de Frank:

—Deseo comprar un nuevo coche y como usted es entendido, le agradecería se encargara de ello. Me han hablado de un "Mercedes" de veinte mil marcos.

Pablo le prometió comprar el coche aquel mismo día. Abandonó el castillo mientras unos malos pensamientos le arañaban la imaginación.

¿No sería mejor huir con los veinte mil marcos antes no se descubriese todo el engaño? Pero rechazó rápidamente ese pensamiento. Loco... cuando podía hacerse el dueño de la inmensa fortuna de la condesa, ¿iba a dejarlo todo por una nimiedad?

Entretanto, en casa de la condesa, ésta se paseaba agitada, pero confiando ciegamente en su enamorado.

—Me parece que te quedas sin los veinte mil marcos. Ese conde no vuelve por aquí—decía Frank.

—Estoy segura de que te equivocas.

Y tuvo razón. Horas después se presentaba Pablo en la finca guiando un soberbio coche.

Corrió la condesa a su encuentro, con el alma feliz, plena de confianza y burlándose de los temores de Frank... ¡Si no había hombre más honrado que el conde!

—He conseguido el coche en diez y ocho mil marcos. Ahí tiene el resto—le indicó Pablo, dándole de este modo una indudable prueba de honradez.

Y subiendo al coche, marcharon los dos a realizar una excursión con la espléndida alegría de dos amantes que se quieren de veras.

* * *

Pablo Hesse, al día siguiente se levantó de profundo mal humor. Se encontraba triste. Ahora, conquistado ya el corazón de la condesa, le indignaba pensar que para conseguir su triunfo total, le privaría su falsa personalidad. ¿No se iba a descubrir un día u otro, acaso porque saliese algún pariente lejano, acaso porque volviera el verdadero conde, que él no era el señor de Bringen?

Enfrascado estaba en sus tristezas cuando una voz le estremeció. Volvióse rápidamente y vió a Frank que con un aire implacable le decía:

—¿Conoce usted a un individuo llamado Pablo Hesse?

—¿Yo?—respondió mientras una gran palidez corría por sus mejillas.

—¡No lo niegue!—gritó Frank, mostrándole un periódico—. Usted es el Bringen de los escándalos de Hamburgo, y compró al desgraciado Hesse para que se marchara a América y todos

creyeran que el viajero era usted. Lea lo que dice este diario.

Aterrado, Pablo leyó:

Suicidio de un desconocido.

A la altura de Bahía, un pasajero del vapor Columbia, se arrojó al agua sin que se hayan puesto en claro los motivos de su fatal resolución.

Al suicida, que fué extraído ahogado, se le hallaron documentos a nombre de Pablo Hesse. No obstante, en la lista de pasajeros se había inscrito como conde de Bringen.

—¡Eso es una patraña!—protestó Pablo, que viendo que le tomaban por el verdadero conde de Bringen, estaba dispuesto a defenderse.

Pero Frank, sin dejarle acabar, le dijo:

—Habiendo descubierto qué clase de persona es usted, espero dejará esta casa en el plazo de veinticuatro horas.

Y sin aguardar respuesta salió precipitadamente y fué a contar a la condesa lo que decía el periódico... Pero tan enamorada estaba Marta de aquel moderno Casanova, que, a pesar de aquella noticia, negóse rotundamente a reñir con Pablo, y aun confesó que le amaba y se casaría con él por encima de todas las cosas.

—Pero si es un canalla... si yo...

Un gesto de pudor contuvo a Frank. Le inspiró lástima la pobre doncella. Pero casi estuvo a punto de contarle lo que ocurría entre el invitado y la criadita.

Frank, disgustado ante la ceguedad y la confianza con que le defendía aquella mujer, se di-

rigió a su cuartó, comprendiendo que estaba de más allí.

Entretanto, Pablo Hesse estudió rápidamente su situación. No había duda de que era grave. Sin embargo, le creían el conde de Bringen y esto tenía un gran interés.

Sintió profundo rencor contra aquel maldito Frank que debía amar a la condesa y por eso le perseguía tan fieramente.

Supuso que Frank habría ido a Magda con el sepló y se dispuso a hablar a ésta de su situación para desvanecer toda duda.

Dirigióse a una salita, donde se encontraba la condesa en actitud melancólica y le dijo dando a su voz una entonación dolorida:

—He de hacerle una confesión, Magda. Yo... yo...

Pero ella, con la confianza del cariño, le respondió:

—Frank me ha hablado de algo de eso, pero no me importa. Le quiero a usted y esto me basta... Y si su conducta fué irregular hasta ahora, espero que mi amor le redimirá.

—¡Magda!—dijo el aventurero, sinceramente conmovido.

—No le permito seguir hablando. Dentro de una semana será usted mi marido y entonces nadie se atreverá a criticarle.

Una inmensa alegría se apoderó de Pablo. Triunfaba, triunfaba en toda la línea. Iba a casarse con la condesa... Una vez efectuado el matrimonio, acabaría de descubrirle su secreto. Le diría que no era el abominable conde de Bringen, sino un humilde violinista, Pablo Hesse. Y

como ella le amaba con toda su alma, le perdonaría el embuste...

Loco de dicha, el moderno Casanova llenó de besos a la condesa, pensando en su amor y en su cuantiosa fortuna, dos cosas que se compenetraban admirablemente.

¿Remordimientos? ¡Bah! ¡Cualquiera se acordaba de la desdichada patrona de Hamburgo!

* * *

Unos días después, la viuda Marschner, que desde el inicuo despojo de que la habían hecho víctima, se sentía enferma, descubrió una mañana al levantarse, que había desaparecido su hijito.

Una carta puesta sobre la mesita de noche, le dió la explicación.

Querida mamá: No pases cuidado por mí. Voy en busca de la señora condesa para darle cuenta de lo sucedido y pedirle que nos ayude, a fin de que no te mates trabajando.

Tu hijito, Juanito.

La madrecita se echó a llorar, lamentando una vez más haber confiado en el maldito músico.

Juanito, unas veces a pie y otras montado en las traseras de los coches, llegó ante la finca de la señora condesa de Buchorst.

Iba a entrar en ella cuando vió salir en un auto a la condesa en compañía... de Pablo Hesse.

El chiquillo palideció y tuvo que esforzarse para permanecer en su sitio y no lanzarse contra aquel miserable.

Pero ocultóse diestramente detrás de un árbol,

comprendiendo que era mejor que aquel hombre no le viese.

¿Por qué estaba el violinista allí? ¿Qué relaciones tenía con la condesa? ¡Extraño enigma!

Muchachito hábil y atrevido, habló con uno de los criados de la casa, quien ingenuamente le explicó que aquel señor era el prometido de la condesa. Aun el niño, como aquel que no quiere saber nada, averiguó nuevos detalles, y ya en posesión de ellos, puso una carta urgente a su mamá:

Querida mamá: El canalla que te robó está aquí. Se hace pasar por conde y dicen que se casa con la señora Buchorst. Déjalo todo; toma un auto y ven acompañada de la policía...

Tu hijo, Juanito.

Al día siguiente, la condesa dió una gran fiesta en su casa, durante la cual se propuso anunciar su boda con el conde de Bringen.

Era un gran día para el moderno Casanova.

La finca estaba llena de invitados. Barry, pesoso, melancólico, había concurrido también, lamentando que la condesa siguiera en su terca ceguedad, pero no queriendo ya insistir más en sus advertencias.

Del brazo de Hesse, la condesa descendió por la bella escalinata de la casa y recibió el homenaje de todos los invitados.

El comedor parecía una estancia de los palacios de las Mil y una Noches, tal era la suntuosidad y el esplendor.

La condesa ocupó la presidencia teniendo a su derecha a Pablo y a la izquierda a Barry. No adivinaba ella el sufrimiento moral de este mu-

chacho al que no consideraba más que como un amigo fraternal.

Pablo estaba radiante... ¡Ah, la audacia triunfa siempre! ¿Qué importan los procedimientos?



... la condesa descendió por la bella escalinata...

E ignoraba que su reinado de gloria iba a desaparecer rápidamente.

La señora viuda Marschner, su hijo Juanito y un agente de policía acababan de llegar a palacio.

—Venimos en busca de un titulado conde de

Bringen—dijo el policía a un criado, obligándole a franquearles la puerta.

Ajeno todo el mundo a lo que ocurría, la condesa se había puesto en pie y decía sonriente a sus invitados:

—Os he reunido, queridos amigos, para anunciaros mi próximo casamiento... Dentro de una semana me uniré para siempre con...

Pero antes de pronunciar el nombre de su futuro marido, fué la condesa interrumpida por la presencia de tres personas a las que nadie había invitado a la fiesta. Eran la viuda Marschner, su hijo y el agente de policía.

El niño avanzó ante la estupefacción de todos y señalando al falso conde de Bringen, dijo:

—Ese hombre es un estafador que robó a mi madre diez mil marcos. ¡Su verdadero nombre es Pablo Hesse!

—¿Yo? ¿Yo? ¡Mentira!—dijo Pablo, dando muestras de intensa agitación.

—¡Tú, infame, criminal, que robaste el dinero de una pobre viuda!—acusó implacable la señora Marschner.

—¡Queda usted detenido!—añadió el agente obligándole a dejar su puesto.

La condesa y los invitados estaban de pie. Ella, horrorizada, casi sin poder contener las lágrimas, se apoyaba ahora en el brazo de Barry mientras sentía que un temblor nervioso le agitaba todo el cuerpo.

Dios... Dios Santo... ¡no podía creer!... Pero la viuda Marschner se acercó a ella y le explicó que aquel hombre era un vil ladrón.

Pablo Hesse, lentamente, fué siguiendo al

agente, mientras decía con una sonrisa cínica:

—He perdido la partida... Mas... aun me quedan días para volver a ganar.

Y desapareció mirando con desprecio a la patrona y su hijo que acababan de destruir su dicha, y con ligera melancolía a Magda cuyos besos ya no gustaría jamás.

La condesa, con un gran esfuerzo de voluntad, procuró disimular sus inquietudes. Miró a Barry. Que nadie supiese, nadie absolutamente, que ella iba a casarse con el aventurero... Llevaba desangrándose el corazón, pero era preciso evitar que las gentes se enteraran.

Poco a poco todos volvieron a sentarse a la mesa, sin que ninguno de los invitados sospechara que aquel conde de mentirijillas pudiera haber sido el prometido de la condesa. El alcalde del lugar se levantó y dijo:

—Lamentando este desgraciado incidente, me permito rogar a la condesa nos diga el nombre de su futuro esposo.

Ella tembló, pero De Barry levantándose sonriente explicó:

—Me complazco en manifestarles que el hombre dichoso en quien la condesa se dignó poner los ojos, soy yo.

Todos brindaron por la felicidad de los novios, mientras la condesa contemplaba a su amigo con una mirada en que había sorpresa y gratitud.

Terminada la comida, Frank de Barry llevándose a la condesa que se había sentado en un rincón, le dijo cariñosamente:

—Me permití decir antes lo que dije para evi-

tar el escándalo, no porque en realidad hubiese nada entre tú y yo, Magda... Ahora bien, si en serio me concedieses tu mano, me harías el más feliz de los hombres.

Ella se echó a llorar.

—Ha sido terrible eso, Frank... ha sido terrible... Y yo te estoy muy agradecida... pero déjame pensar... dame tiempo...

* * *

Y con el tiempo renació la paz en los corazones, y la condesa aceptó por esposo al noble amigo, incapaz de una mentira. En cuanto a Pablo Hesse, había sido condenado a un año de prisión y estaba bien arrepentido de su ansia de riquezas y de aventuras que le habían llevado a situación tan dolorosa. Para lo futuro sería más cauto y precavido... y nunca más haría el amor a las condesas. Le traían mala suerte.

La viuda Marschner y su hijo fueron largamente recompensados por la condesa de Buchorst, y olvidando la amargura de otros tiempos, volvieron a mirar la vida con la alegría de la esperanza.

F I N

Ha sido revisado por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1